

LOS LARGOS OFICIOS INSERVIBLES (2004)

LA MEJOR DE LAS BUENAS VOLUNTADES

Por
STEPHAN ENRÍQUEZ

En el final era el verbo
Olga Orozco

Eduardo Chirinos es reconocido principalmente como poeta. La cantidad de libros de poesía que ha publicado es muchísimo mayor a la de sus ensayos o crónicas, que considero no han sido valorados en su justa medida. Mi intención es rescatar esta segunda faceta del autor. Chirinos como prosista, como crítico, como gran conocedor de literatura peruana y universal, principalmente de poesía.

El autor concibe su obra como una miscelánea, pues incluye homenajes, encuentros, comentarios, crónicas y notas. Este título nos muestra también un panorama amplio sobre la poesía peruana y habla hispana, introduciendo autores poco conocidos (como José Juan Tablada, José Moreno Villa y María Victoria Atencia) y mostrando autores con diferentes lenguas (Antonio Ramos Rosa y Mark Strand). Pero no solo se habla de poesía. Chirinos dedica un capítulo en homenaje a Tzvetan Todorov y otro para Fernando Iwasaki, humanista y narrador, respectivamente.

Además, el libro inicia con una breve explicación del surgimiento y evolución del ensayo el centauro de los géneros, según Alfonso Reyes. Haciendo énfasis en el papel del poeta como ensayista.

El ensayo y la poesía coinciden en su apuesta por la búsqueda de ese resquicio: en ambos el pensamiento y la reflexión discurren más por el ritmo de las ideas e imágenes que por una argumentación hambrienta de demostraciones y conclusiones. En ambos el discurso se juega íntegro (con sus desplantes y contradicciones) en el acto mismo de producir escritura.

El texto se divide en dos partes. La primera, sin tener en cuenta el texto acerca del ensayo, nos habla sobre un autor diferente, desde el modernismo hasta fines del siglo pasado. En la segunda parte, el Perú toma mayor protagonismo; así el autor nos da su apreciación sobre la generación del noventa y nos cuenta algunas de sus vivencias que fueron determinantes para su oficio como escritor. Fuera de eso, nos introduce a otros dos autores contemporáneos, Felipe Benítez Reyes y Ernesto Lumbreras, nos muestra su perspectiva del poeta como crítico basándose en los ensayos de Northrop Frye.

Es un lugar común recurrir a aquella famosa declaración de Borges en la que se enorgullecía más de las páginas que había leído que de aquellas que había escrito. La frase no oculta que todo escritor es por definición un excelente lector, y que cuando escribe acerca de otros autores nos está ofreciendo claves para la interpretación de su propia obra.

De los textos de la primera parte, resaltan particularmente los dedicados a Antonio Ramos Rosa, Mark Strand y a tres poetas fundamentales en nuestra tradición: Emilio Adolfo Westphalen, Antonio Cisneros y José Watanabe.

No solo es evidente la admiración de Chirinos ante estos autores, sino que mediante su prosa aparentemente sencilla, pero ágil y amena a la vez, nos transporta hacia ellos mismos, el encuentro que tuvo con algunos, la evolución de sus obras. Es como si estuviésemos descubriéndolos de nuevo, como si a partir de ese momento pudiéramos ver sus obras con otros ojos.

Como sucede en el caso del capítulo dedicado a Mark Strand:

Al final de la lectura fuimos presentados y me contó, entre otras cosas, que de joven vivió un tiempo en el Perú debido a que su padre fue el encargado de instalar la planta de Pepsi-Cola en Lima. Me conmovió que este hombre (cuyo padre, al igual que el mío, jamás había sido lector de poemas) me confirmara una vez más que la poesía, como la liebre, salta de donde menos se la espera.

Elegía a mi padre

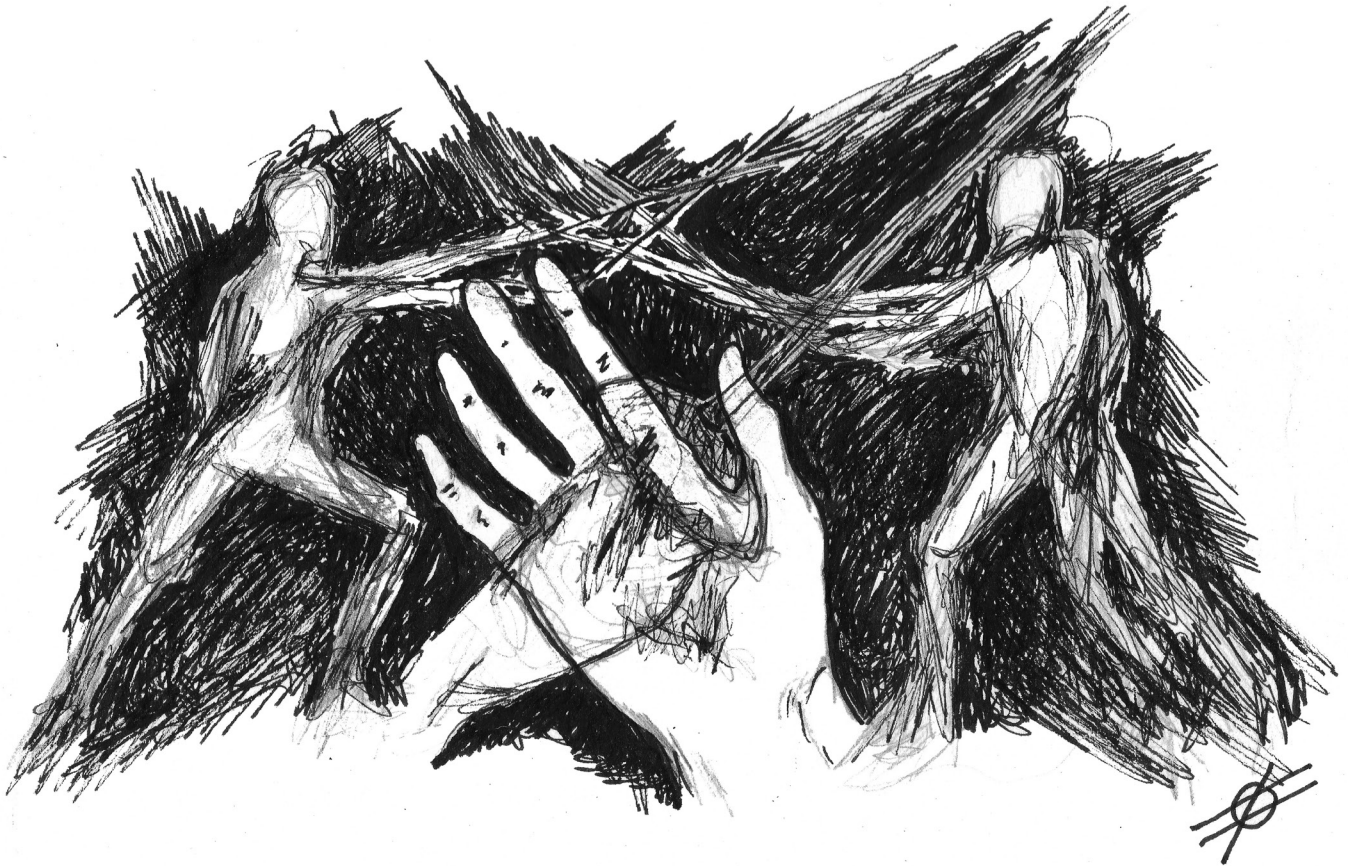
I. El cuerpo vacío

*Las manos eran tuyas, los brazos eran tuyos,
pero tú ya no estabas.
Los ojos eran tuyos, pero estaban cerrados y no se abrirán.
El distante sol estuvo allí.
La luna apoyada en el hombro blanco del otero estuvo allí.
El viento de Badford Basin estuvo allí.
La pálida luz verde del invierno estuvo allí.
Tu boca estuvo allí.
Pero tú ya no estabas.
Cuando alguien habló no obtuvo respuesta.
Las nubes se vinieron abajo
y sepultaron los edificios con agua,
y el agua permaneció muda.
Las gaviotas miraban con azoro.
Los años, las horas, lo que podría no encontrarte
descansa en las muñecas de los otros.
No hubo dolor. Se ha ido.
No hubo secretos. No hubo nada que decir.
La sombra dispersaba sus cenizas.
El cuerpo era tuyo, pero tú ya no estabas.
El aire temblaba contra su piel.
La niebla reposaba en sus ojos.
Pero tú ya no estabas.*

Así el autor demuestra dominio, no solo de la poesía peruana, sino de países con distintas tradiciones como México, España, Portugal y Canadá. Es por ello que en esta primera parte (que involucra desde el modernismo hasta fines del siglo pasado), el conocimiento de Chirinos no hace más que deslumbrarnos.

En la segunda parte, podemos ver al autor en su faceta como crítico. Empieza comentando una antología de poesía en lengua española: *Las islas extrañas* (nótese que el título es tomado del primer poemario de Westphalen), cuyos antologadores son Eduardo Milán, Andrés Sánchez Robayna, José Ángel Valente y Blanca Varela. Luego sigue con la obra de Felipe Benítez Reyes, Ernesto Lumberras, Lorenzo Helguero, Martín Rodríguez-Gaona y los poetas peruanos de la generación del noventa.

En el capítulo dedicado a la generación del noventa en el Perú, Chirinos nos brinda una definición aproximada de lo que es ser 'poeta joven' en el país y el peso de la tradición, que tiene como principales exponentes a Martín Adán, Carlos Oquendo de Amat, Emilio Adolfo Westphalen, Jorge Eduardo Eielson y Javier Heraud. Pero que también incluye otros poetas de la generación del sesenta y setenta como Antonio Cisneros, César Calvo, Luis Hernández, Juan Ojeda, Enrique Verástegui y Mario Montalbetti.



También comenta los diferentes discursos y vertientes que caracterizaron cada época. El acercamiento a la lírica anglosajona del siglo XX en la generación del sesenta, el lenguaje de la calle trasladado a una categoría poética, en *Hora Zero*, la denuncia social y el rechazo a la norma poética excluyente de *Kloaka*, hasta la aparición de la generación del noventa y la posibilidad de pulverizar toda homogeneización discursiva.

Publicado en 1991, Zona Dark (Lima: Edición de la autora) anuncia desde el título una poética de 'lo oscuro' entendiendo como una voluntad de trasponer –aunque sea con desprecios y desplantes– los límites impuestos por ese monstruo invisible que se llama 'gusto oficial'. Si Helguero besa con reverencia la mano de ese monstruo para llenarla de gargajos, Montserrat Álvarez le clava un puñal, como dicen que hizo Rimbaud en la mano de Verlaine.

Todos ustedes – Montserrat Álvarez

*Ustedes que ante mí se avergüenzan de ser felices y
tienen "la mejor de las buenas voluntades".
Ustedes que transitan con la mirada fija en los cielos vacíos
y en los suelos y pasan a mi lado musitando saludos,
mis exagerados enemigos, que me tratan con tantos
miramientos,
mis jóvenes no-condiscípulos, mis alegres
no-contemporáneos, mis no-compañeros, mis
no-camaradas, mis no-prójimos.*

*Y ustedes que se beben hasta la misma sangre en
turbios vasos y tienen el orgullo de los cerdos,
ustedes, que me sonrían con lascivia de javatos y
lujuria que da risa.*

*Ustedes que se rascan los culos con las uñas
engarfiadas de coprófagos y todo lo hacen
en la oscuridad,
mis sobresaltados bebedores aguerridos, mis hermanos
en la vil servidumbre dionisiaca, mis entrañables
borrachos, atropellados por tantos microbuses.*

*Pero también ustedes, pobres almas que piensan
que tengo alma, porteros, cocineros,
servidores incautos de mi incauta miseria,
ustedes que resguardan de mi voz excesiva sus
pequeñas vidas humildes, por las que yo
transito como una negra sombra,
mamá, papá, hermanos, anónimos vecinos que me
dan las buenas noches o escuchan mi regreso
vacilante por las calles tardías y desiertas y
mueven sus cabezas preocupadas.*

*No me dejéis vivir: yo soy vuestro peligro, la
amenaza que habéis de matar en embrión,
la oscura voz del alma forastera, la impostora, la
intrusa, la sucia parvenue.*

Finalmente, el autor da una reflexión sobre su propio oficio como escritor y poeta. Chirinos atiende a cómo llegó a estar convencido que lo suyo era la literatura, sin importar el riesgo que conllevaría su decisión; las horas dedicadas a los largos oficios inservibles; si realmente la escritura puede provocar placer; sin importar el dolor que pueda sentirse en el trayecto, las faltas, las pérdidas; si por momentos se cree haber encontrado la felicidad. Solo basta recordar que al escribir no se está solo, más aún si algún lector se reconoce en las páginas escritas.

Preocupado por no observar en nosotros el menor interés en el deporte que lo hizo famoso, mi padre decidió que había sonado para bien del mundo la hora de la espada, y se convirtió en nuestro maestro de esgrima... la experiencia fue desastrosa: ni mi hermano ni yo pudimos soportar tanto tiempo en cuclillas ni sostener la espada con la mano izquierda.

Entonces comprendí que tal vez mi padre era el último de una estirpe que pensaba, como don Quijote, que los trabajos del cuerpo excedían a los del espíritu. Y me retiré sin decir palabra a buscar refugio en los libros.